

DISCURSO DE RESPUESTA DE DON FRANCISCO MIRO QUESADA

Sean mis primeras palabras para expresar la profunda satisfacción que siento al participar en esta ceremonia. Satisfacción múltiple en que cada una de sus manifestaciones se refuerza con las restantes en armoniosa acción de influencia recíproca. En primer lugar, satisfacción por el acierto de la Academia que, cumpliendo con la tradición, ha incorporado a un matemático. Luego, porque se trata del más ilustre de los matemáticos peruanos. Además, porque me une a José Tola Pasquel una vieja y entrañable amistad, mantenida sin mácula a través de toda la vida. Pero, sobre todo, porque este acto público es una oportunidad para expresar mi gratitud intelectual al paradigmático exponente de la ciencia peruana que recibimos hoy con los brazos abiertos. Esta actuación suscita en mi memoria un tropel de dilectas imágenes, de recuerdos, vivencias, que, a pesar del tiempo transcurrido, mantienen una nitidez que el paso de los años no ha podido ni podrá nunca esfumar.

La vieja casona de San Marcos, con sus patios tranquilos, tejidos de arcadas y tachonados de pequeños espacios verdes. En ellos el tiempo parecía detenerse mientras las ideas surgían a borbotones, incontenibles y cargadas de

mensaje. Allí, un poco a trasmano, en el "tercer patio" como lo llamábamos los que veníamos de Letras, funcionaba la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Cursaba el segundo año de Matemáticas Puras. Dedicado con entusiasmo desbordante a la filosofía había acudido a la Facultad por razones estrictamente filosóficas. Buscaba en la ciencia exacta el rigor del pensamiento, la puerta de entrada a todas las ciencias y, sobre todo, la posibilidad de comprender, en su nivel más depurado y abstracto, los fundamentos últimos del conocimiento racional. El primer año me había desilusionado. La enseñanza, aunque seria y exigente, carecía de inspiración y de profundidad conceptual, era una matemática anticuada, repetitiva, que más parecía complacerse en causar dificultades a los estudiantes que en desplegar ante ellos el grandioso vuelo del pensamiento creador. Pero logré soportar las torturas que significa una enseñanza matemática estereotipada porque había dos nombres que, para todos los que estudiábamos las ciencias exactas, eran algo así como la tierra prometida: Alfredo Rosenblatt y José Tola Pasquel. Y mi esfuerzo fue recompensado.

La primera clase, el primer día del Segundo Año, fue de Álgebra Abstracta, disciplina que apenas comenzaba a enseñarse en el Perú. El profesor fue José Tola Pasquel, en aquel entonces en su primera juventud, pero ya con un prestigio ampliamente difundido. Fue un deslumbramiento. Desde las primeras palabras y los primeros trazos de tiza, encontré lo que buscaba; claridad en la exposición, rigor en las demostraciones, profundidad e inspiración en los conceptos. Estaba ante un gran maestro. Con Alfredo Rosenblatt, el famoso profesor polaco que, junto con Tola, contribuía en aquella época a renovar radicalmente la matemática peruana, encontré una cantera de sabiduría. El fue el primero, allá por los años 41 y 42, en informarme sobre la existencia del nuevo movimiento filosófico-matemá-

tico que comenzaba a transformar la moderna filosofía del conocimiento. Hilbert, Brouwer, Gödel, Tarski; nombres que sonaban entonces como promesas de tesoros lejanos y que llegarían a ser después con el correr del tiempo y gracias a José Tola Pasquel, compañeros inseparables de mi vida intelectual. Gracias a José Tola, porque fue él quien, cuando terminé mis estudios de matemáticas, tuvo la idea de crear la Cátedra de Filosofía de las Matemáticas y de llamarme para que me hiciera cargo de ella.

Aunque conocía a José Tola Pasquel desde hacía algunos años, sólo habíamos tenido relaciones de circunstancia. Pero desde la primera clase nació una amistad que, a través del tiempo, se ha ido enriqueciendo y acentuando en forma ininterrumpida. Fue una amistad con un rasgo característicos: además de la relación de aprecio mutuo, fue una relación de discípulo a maestro. Desde la primera clase, me sentí, en forma espontánea e inevitable, discípulo de José Tola. Y en el nivel matemático, esta relación de discípulo a maestro se ha mantenido durante toda la vida y se sigue manteniendo hoy día. José Tola era ya, a pesar de su juventud, el líder de la nueva generación matemática peruana. Desde esos años hasta el presente, ha formado un numeroso y selecto grupo de matemáticos, algunos de los cuales han llegado a ser muy distinguidos. Sin ningún espíritu personalista, totalmente alejado de los mezquinos intereses de la politiquería universitaria, por la gravitación natural de su prestancia matemática, José Tola tenía su grupo. Y, como es de suponer, todo joven estudiante de matemáticas de San Marcos, tenía el ideal de pertenecer, algún día, al grupo de Tola. Lo digo, hoy con orgullo, mi incorporación al grupo de Tola, fue inmediata. Es cierto que mi pertenencia a tan distinguido equipo intelectual ha sido más bien sui géneris, pues en mi condición de filósofo mi relación con la matemática ha sido más adjetiva que sustantiva y el grupo de Tola es, en esencia, un cogollo de matemáticos

puros. Pero, de una manera u otra, he estado incorporado y he tomado parte en diversos proyectos y realizaciones.

Fue el hecho de pertenecer a este grupo lo que hizo que José Tola, cuando era Decano de la entonces Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, pensara que yo podía hacerme cargo del curso de Filosofía de las Matemáticas. Cuando me llamó, sorprendentemente, para ofrecerme el curso, mi júbilo y mi entusiasmo no tuvieron límites. Y fue gracias a la exigencia formativa que dicho curso me impuso, que comencé a profundizar en ciertas ramas fundamentales de la matemática, como la teoría de los conjuntos y la teoría de las funciones recursivas, y a enterarme, de manera constante, de los grandes logros de la metamatemática y de la moderna metateoría. Este tipo de formación hizo posible que pudiera abordar ciertos problemas básicos y a la vez novedosos de la filosofía del conocimiento y, en gran medida, ha hecho posible mi trayectoria intelectual. A José Tola Pasquel, debo, pues, algunos de los aspectos más importantes de mi carrera filosófica y deseo, por eso, en esta significativa ceremonia, dejar pública constancia de mi gratitud.

La tarea de quien responde al recipiendario en la ceremonia de incorporación a la Academia es hacer una semblanza de su persona que revele aspectos característicos de su vida y de su obra. José Tola Pasquel es ampliamente conocido por el público culto de Lima y es por eso difícil decir algo sobre él que resulte novedoso. Me hago la ilusión, sin embargo, de que las remembranzas expresadas, hayan revelado un aspecto de su personalidad, perfectamente conocido entre sus discípulos, pero tal vez no plenamente captado por aquellos que, incluso conociéndole bien, no han tenido la experiencia de verlo actuar como maestro. Este aspecto es su inmensa capacidad de influencia, su profundo impacto en la formación intelectual de sus estudiantes y discípulos, su generoso afán de transmitirles todos sus

conocimientos y de ofrecerles todos los medios posibles de superación intelectual.

Con esta semblanza debería cerrar la presente alocución. Mas no puedo resistir el deseo de hacer referencia a una de las partes más brillantes del discurso de José Tola Pasquel. No puedo resistirlo porque allí resfulge, con toda su luz el misterioso y longincuo paraje en que se tocan la ciencia, el arte y la filosofía, es decir, donde el espíritu adquiere tal intensidad y amplitud, que desaparecen las clasificaciones limitativas y las especialidades enclaustradoras... allí desaparece el detalle, el límite y sólo queda la inmensidad del espíritu donde el individuo, en su pequeñez, se engrandece al infinito y vislumbra el sentido último de las cosas. Me refiero a los párrafos en los que José Tola nos habla de las relaciones entre la matemática y el arte y nos hace ver la sutil relación entre la ciencia exacta y la poesía. Al hacerlo, cita una inspirada frase de Weierstrass, uno de los matemáticos que profundizó de tal modo su ciencia que logró elevarse a las regiones trascendentes donde el espíritu recupera la unidad primordial.

“Un matemático que no tenga también algo de poeta, jamás será un completo matemático”. Esta verdad no necesita ser demostrada. Todo aquel que tiene una idea precisa de lo que es la matemática, sabe que la ciencia exacta tiene una relación innegable con la poesía. Pero lo notable es que, en la actualidad, se puede demostrar que la frase de Weierstrass es cierta, Porque hoy día, gracias a trabajos extraordinarios del lógico norteamericano Alonzo Church, se sabe que la matemática no es una ciencia mecánica. En sus aspectos elementales la matemática es mecánica, es decir, todos sus resultados pueden ser hallados por una máquina que, no por ser electrónica, deja de ser un simple artefacto. Pero Church ha demostrado que cuando una teoría matemática es suficientemente rica sus principales resultados no pueden ser hallados por artilugios mecánicos. Desde luego,

una vez encontrados pueden ser incluídos en el programa de la máquina. Pero ella es incapaz de llegar al resultado sin ningún programa definido. En otras palabras, según el teorema de Church, los resultados de la teoría pueden encontrarse, pero no existe ningún método definido para hallarlos. Sin embargo, como lo demuestra la historia del pensamiento humano, los grandes matemáticos, a pesar de no existir método alguno para llegar a la solución, han sido capaces de alcanzarla. ¿Cómo ha sido esto posible? Cómo puede explicarse que un matemático tenga la capacidad de resolver un problema para cuya solución no existe ni puede existir ningún método? La respuesta es a la vez sencilla y sobrecogedora porque el matemático, al igual que el poeta, tiene inspiración. La inspiración, aquel don divino del poeta según nos dice Platón, es también el don divino del matemático. Es la inspiración lo que une al poeta y al matemático; es la capacidad de encontrar lo que busca, ya sea la belleza, ya sea la verdad, a pesar de que no hay nadie capaz de señalarle el camino, lo que constituye la grandeza del espíritu humano. Porque no se equivocan los que opinan que la matemática es también poesía verdadera. En sus altas cumbres, en donde la inteligencia, liberada ya del lastre metodológico, busca su propio camino y se hace a sí misma, el hombre descubre la suprema verdad y la suprema belleza, descubre la clave que nos revela, sin mediación alguna, el sentido último de la existencia, sentido que palpita en las palabras inmortales del poeta.

“La verdad es la belleza, la belleza es la verdad, nada más necesitas saber en esta Tierra...”.